

Síntesis Sociales

elaboradas por el *cial*

**LAS A. C. L. I.
OPTAN POR UN
SOCIALISMO DE
PARTICIPACION**

EL INFORME GABAGLIO

Juzgan que su opción
no es incompatible
con la conciencia
cristiana"

Las Asociaciones Católicas de Trabajadores Italianos (ACLI) celebraron su XVIII Reunión de Estudios en Vallombrosa, del 27 al 30 de agosto pasado, con asistencia de más de 500 aclistas.

Aunque no se trataba de un Congreso —y por tanto no expresa una toma oficial de posición—, el informe de su presidente Gabaglio, que presentamos a continuación, provocó fuertes protestas en la prensa derechista y aún en una minoría dentro del campo aclista. Al pronunciarse dicho informe en favor de un socialismo nuevo —diferente del de los países marxistas, pero no un "socialismo cristiano", sino constituido por cristianos—, pareció desvincularse de la Democracia Cristiana, y quizá vaya a hacer difícil la continuación de sacerdotes consiliarios en las ACLI.

(La traducción castellana de dicho informe ha sido tomada de "Hechos y Dichos", diciembre de 1970.)

PARTE I

DE LA OPCION ANTICAPITALISTA A LA PROPUESTA DE UNA SOCIEDAD ALTERNATIVA

Y hemos llegado al punto principal de nuestro juicio: el capitalismo no puede tener ya una función histórica positiva en cuanto que los mecanismos de alienación son intrínsecos a su estructura social-económica. De ello se deriva que, para eliminarlos, no son suficientes las intervenciones de organización científica, sino que es preciso modificar profundamente las mismas estructuras, porque sólo así será posible suprimir los desequilibrios y las discriminaciones a que dan lugar. Es necesario, en definitiva, construir un sistema social-económico completamente distinto del capitalismo.

Quien crea que el simple desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, el remate de la era tecnológica en la cibernética, conducirá por sí mismo a la solución de las contradicciones o inmediatamente a la superación del capitalismo, demuestra no haber comprendido que la alienación es un resultado inevitable del capitalismo en todas sus formas, incluso la más avanzada.

El capitalismo, pues, con toda su secuela de lógicas inhumanas, puede ser superado sólo con una acción colectiva que tenga por premisa una opción explícitamente anticapitalista. La que desde hace años han efectuado ya las A.C.L.I. y han expresado en el Congreso de Turín.

No es una elección utópica, como alguien cree y muchos parecen creer, porque si es verdad que la superación no ocurrirá por evolución espontánea, también es cierto que en el sistema capitalista fermentan contradicciones tan profundas como para crear, ellas por sí mismas, las condiciones de la propia superación.

La más macroscópica de tales contradicciones está en el contraste entre el impulso socializante que el sistema capitalista, para desarrollarse, debe imprimir

Necesidad de construir un sistema no capitalista...

...porque el capitalismo lleva inevitablemente a la alienación.

Las ACLI hace años son anticapitalistas.

Las contradicciones internas del capitalismo preparan su propia destrucción.

La mayor contradicción: impulso socializante para desarrollarse, pero con frenos capitalistas. El Movimiento Obrero puede imponer otra alternativa...

...que desarrolle las fuerzas productivas en una socialización orientada al desarrollo integral del hombre.

Queremos crear una nueva sociedad del trabajo, con la participación de todas las fuerzas del cambio; no en abstracto, sino con previsiones y contenidos de efectivo poder popular.

Precisemos estos objetivos:

- 1) Objetivo final: que el potencial por desarrollar no se emplee en perpetuar el dominio de las élites explotadoras, sino en la promoción —personal y colectiva— del hombre...

...en una sociedad contraria a la actual, elaborada y vivida en relaciones sociales fundadas en la solidaridad...

...donde la producción no sea para el lucro, sino para las necesidades sociales, y desaparezcan la explotación y alienación en todos los países.

a las fuerzas productivas y los frenos que a tal impulso son puestos por los modos de producción propios del sistema, o sea por la propiedad privada, por la división del trabajo, por la lógica del provecho; en síntesis, por el conjunto de las relaciones sociales de producción. Dejado a sus automatismos, el sistema está en condiciones de reabsorber las tensiones causadas por esa contradicción. Pero si el Movimiento Obrero y sus aliados saben hacer palanca sobre su apoyo para desarrollar una iniciativa realmente antagonista, esa contradicción se vuelve incomprensible. Entonces se pueden trazar las bases para una alternativa de sistema fundada sobre la liberación de las fuerzas productivas, o sea que adapte las relaciones sociales de producción a las exigencias de expansión y de crecimiento de la clase trabajadora.

Opción anticapitalista, pues, no significa, como muchos quisieran hacer creer, opción frenante del desarrollo, sino opción en favor de un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, íntimamente unido a la socialización de las relaciones de producción, de los frutos del trabajo y del poder con el fin del desarrollo integral del hombre.

Por otra parte, en Turín, sobre la base de las reuniones de Vallombrosa precedentes, de toda nuestra elaboración y experiencia cultural y política, hemos llamado sociedad del trabajo al sistema con que queremos se identifique este desarrollo distinto, dirigido al hombre. Hemos dicho en seguida que ella resultará del compromiso, de la participación, de la dialéctica y de la confrontación de las fuerzas que concurren para edificarla. Pero en seguida hemos advertido que, de esta manera, el problema se presentaba más en el terreno de las fuerzas y de los métodos que en el de los contenidos. La nueva sociedad del trabajo, dijimos, no puede ser un traje perfeccionado por unos pocos profetas, sino un vestido que hay que tejer hilo a hilo, con la participación, la autogestión, la coordinación de las iniciativas de todas las fuerzas del cambio. Hemos subrayado que esta sociedad no nos la regalará nadie si no estamos en condiciones de construirla con nuestras manos. Y que será el resultado de un método inductivo, experimental, científico, que lleve a la elaboración paciente y común de nuevas síntesis políticas generales que disputen, defiendan y desarrollen todo margen de participación, sea formal o informal. Nada de modelos abstractos —se dijo—, prefabricados. Sino previsiones y contenidos: participación, autogestión, responsabilidad de los diversos componentes sociales, su autonomía, investigación y organización de todo lo que puede llegar a ser fuente de efectivo poder popular.

Ahora, sobre la base de los razonamientos que hemos ido presentando desde Turín hasta la fecha, sobre la base del trabajo que hemos realizado juntos en estos cuatro días, podemos y debemos profundizar, precisar, definir mejor estos contenidos.

Producir al servicio del hombre

En primer lugar, identificar el fin al que todo lo demás va preordinado. Lo podemos resumir así, en líneas generales: el potencial productivo y de socialización que las sociedades avanzadas están en condiciones de desarrollar no deberá ya ser empleado para perpetuar el dominio de restringidas élites por medio de la subordinación y la explotación de la clase trabajadora, sino puesto al servicio de la realización y de la promoción, personal y colectiva, del hombre como persona y de la comunidad de todos los hombres.

Es esta finalidad, esta tensión moral fundamental, lo que puede hacer de una opción anticapitalista una opción radicalmente alternativa para una sociedad en la que los hombres participen de verdad en decidir y construir su propio futuro. Una sociedad penetrada y animada por una cultura también alternativa, esto es, que se contraponga a la que hoy prevalece, reflejo de las lógicas y de los seudovalores que las estructuras actuales expresan. A los modelos de vida fundados sobre el prestigio personal que se deriva del dinero y del éxito, a la competición y promoción individuales, a la consiguiente formalización de las relaciones interpersonales y de grupo y a la sustancial rotura de toda dimensión comunitaria del vivir social que de ello se deriva, deberán sustituir otros modelos auténticamente elaborados y vividos en la libre dialéctica de las relaciones sociales fundadas en los valores de la solidaridad, de la promoción integral, personal y colectiva del hombre.

La producción, pues, no en función del máximo provecho, sino de la máxima satisfacción de las necesidades sociales. Donde liberación de la necesidad no significa solamente liberación de la indigencia hasta el bienestar material, sino también, y sobre todo, liberación del hombre de toda forma de explotación y de alienación.

Es natural que el razonamiento, al menos en grandes líneas, se extienda aquí a todos los hombres, o sea adquiriendo su dimensión internacional. Porque la toma de conciencia al respecto —que el hombre puede ya ser liberado de la necesidad— es hoy universal.

Sobre todo después de terminar la segunda guerra mundial, al ejemplo político de las grandes luchas de liberación nacional, aun tan diversas entre sí como la india, la china, la argelina y la del pueblo vietnamita, se ha añadido la explosión fabulosa de los medios de comunicación de masas: basta pensar en los transistores con los que la radio llega a los más lejanos rincones del globo.

Los hombres y las mujeres del "Tercer Mundo" han comprendido que hambre, analfabetismo, mortalidad infantil, no son males inevitables comunes a toda la humanidad, sino que son, en cambio, en primer lugar, efectos que pueden alejarse si se aleja la causa, o sea cierto mecanismo del desarrollo internacional que congela la relación entre pobres y ricos, explotados y explotadores. Esta causa es el imperialismo económico o, lo que es lo mismo, la lógica extensión del capitalismo.

En el mundo moderno, semejante toma de conciencia se convierte en un hecho de enorme importancia y un hecho irreversible que llama prepotentemente a la acción. "Los pueblos del hambre —subraya la *Populorum Progressio* (n. 3)— interpelan a los pueblos de la opulencia."

En nuestra opinión, no es ésta la última razón por la cual rechazamos los mecanismos del desarrollo capitalista, productores de esta permanente y trágica disparidad. Se trata del axioma de nuestros tiempos: el desarrollo es el nombre nuevo de la paz. Intuitivamente muchos están de acuerdo, pero no todos se dan cuenta de lo que operativamente comporta semejante afirmación.

Porque ella significa un no claro al capitalismo como mecanismo de desarrollo en cuanto que, además de lo que hemos venido viendo, constitucionalmente es incapaz de funcionar sin dejar detrás de sí —a nivel internacional y también a nivel nacional— inmensas áreas de miseria y de sufrimiento que los sociólogos llaman eufemísticamente "sacos de pobreza residual".

En efecto, el capitalismo es estructuralmente impotente para resolver el problema del subdesarrollo. Para aumentar, o incluso solamente para mantener elevado el propio standard de consumo y de producción, los países capitalistas, con los Estados Unidos a la cabeza, deben continuar aprovisionándose de materias primas en el "Tercer Mundo" al costo más bajo posible. Un adelanto, por esto, inexportable, el del desarrollo capitalista: es evidente que para ir adelante los países pobres no pueden aplicarse a sí mismos la receta del aprovechamiento. El hecho es que el subdesarrollo, como ha revelado la asamblea, no es un "gap", un retraso a recuperar, sino el producto de una evolución histórica impuesta a los países atrasados por los industrializados, antes con el colonialismo, después con el neocolonialismo y siempre con el imperialismo, con el fin de mantener y aumentar el propio bienestar. No bastan, pues, correctivos para cambiar la situación, no basta una más generosa y prudente política de ayudas, una más equilibrada política comercial, un sistema financiero internacional menos discriminatorio. Son paliativos, los únicos que podría y sabría ofrecer, a lo mejor mañana, el capitalismo y que de todos modos hoy no está dispuesto a conceder.

El hecho es que, concediéndolos, negaría la lógica del propio desarrollo, se negaría a sí mismo. Por consiguiente, hay necesidad de una verdadera y propia revolución del sistema, de una radical reflexión, también en lo cultural, en los países pobres con toda seguridad, pero, sobre todo, en los países industrializados.

Se trata de volver a fundar un nuevo internacionalismo que no sea el del capital a la busca de mercados para explotar en sentido activo y en sentido pasivo, ni el dictado por las políticas de potencia de los grandes y de los fuertes. Que encuentre, en cambio, sus bases en la solidaridad humana, la solidaridad entre los explotados.

Por lo que respecta a nosotros, en occidente, son por lo menos tres los motivos que nos imponen esta solidaridad: que tenemos mucho que hacernos perdonar; que para tener la paz en el mundo debemos apuntar hacia un desarrollo que favorezca a las zonas de la desesperación y del hambre; que, sobre todo, esta refundación solidaria y este empeño en una respuesta al reto del subdesarrollo constituyen la única opción justa. La opción de un humanismo que tiene claro el sentido de las prioridades: la primera es la liberación integral del hombre.

Nunca como hoy, en efecto, esta liberación ha sido posible. El desarrollo de la ciencia y de la técnica productiva ha llevado, efectivamente, a reducir en mucho los vínculos puestos al hombre por la "naturaleza" y hace efectivamente posible su liberación colectiva de la esclavitud de la necesidad. Así, el hombre se convertiría no sólo en la medida, sino en el principal regulador del proceso de desarrollo y los vínculos, positivos o negativos, a su crecimiento integral podrán derivarse solamente de la organización económico-social mediante la cual él disciplina su esfuerzo productivo.

Opción anticapitalista

El futuro, en suma, puede ser radicalmente distinto, según las opciones en las que se apoye el proceso productivo. En las sociedades industriales avan-

Las grandes luchas de liberación nacional y los abundantes medios de comunicación han hecho que los del "Tercer Mundo" tomen conciencia de que sus males son resultado del capitalismo...

...que siempre deja detrás de sí grandes zonas de miseria y sufrimiento.

El capitalismo aumenta su bienestar comprando al "Tercer Mundo" las materias primas al costo más bajo posible. Y eso no cambiará con ayudas ni con arreglos financieros internacionales.

Hace falta una revolución del sistema y una reflexión, incluso cultural, en todos los países, para llegar a una solidaridad humana.

Motivos para esa solidaridad, orientada primariamente a la liberación del hombre, liberación que es ahora más posible que nunca.

La ciencia y la técnica pueden ser encaminadas a otra opción que no sea la capitalista, a través de una iniciativa colectiva.

El Movimiento Obrero va al socialismo; pero el régimen soviético no es auténticamente socialista.

Queremos otra alternativa socialista, con máxima promoción del hombre en la libertad, y con reapropiación de los medios de producción y frutos del trabajo.

... y sólo hay dos medios para esta alternativa: 1) que el trabajo prestado según las propias posibilidades efectivas sea el criterio en la participación de la riqueza producida; 2) autogestión democrática, descentralizada, con la participación más amplia posible en las decisiones relativas al futuro personal y colectivo.

Rechazamos la propiedad estatal de los medios de producción porque continúa perpetuando la alienación del trabajador y la estratificación social.

zadas, el condicionamiento de la cultura material e intelectual, o sea de la concreta situación económica, política y social, no llega a hacer objetivamente una finalidad del sistema por sí mismo. Las potencialidades y las ocasiones que hoy la ciencia y la técnica pueden expresar son múltiples y las energías sociales pueden, pues, ser dirigidas hacia una entre las muchas direcciones "técnicamente" posibles en ese determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas y en esa forma dada de relaciones sociales de producción. La ciencia y la técnica, ha sido también aquí constatado, no son "neutrales" y no imponen "objetivamente" como alternativa el desarrollo en vez de la paralización. Pero conducirán a diversos tipos de desarrollo según el uso que de ellas sea programado.

Es una opción que, sin embargo, permanece en el estado potencial, que no se determina automáticamente; puede realizarse en el sentido en que nosotros la queremos sólo a través de una iniciativa colectiva, capaz de superar las resistencias y los obstáculos debidos al sistema socioeconómico preexistente y a las fuerzas en él dominantes.

Hemos venido describiendo hasta aquí las líneas de fondo que califican nuestra opción anticapitalista y que dan impulso a nuestra investigación sobre la nueva sociedad del trabajo. En esta dirección, sin embargo, es preciso tener presente que el empeño más coherente y persistente del Movimiento Obrero se ha situado, en varias formas, en el objetivo de una sociedad socialista. Conviene, pues, que nuestra atención y nuestro análisis vayan también en esta dirección. Una consideración preliminar: los modelos a los que se puede hacer referencia no han sabido ciertamente, o no han podido, hasta este momento, realizar plenamente un proyecto que se pueda decir auténticamente socialista. Por el contrario, la U.R.S.S., el primer país que ha intentado construir una sociedad socialista, demuestra estar bien lejos, tanto en el terreno interno (ausencia de participación política de las grandes masas) como en el internacional (política de potencia y doctrina Breznev).

La genérica referencia al socialismo no basta; pues, para fijar las líneas de un proyecto de verdadera alternativa al capitalismo, sino que es preciso delinear ya a nivel teórico algunos contenidos, métodos e instrumentos.

Sustituir la lógica del máximo provecho porque deja insatisfechas las necesidades más subjetivas del hombre y conduce a la alienación personal y colectiva, con la lógica de la máxima promoción del hombre en la libertad. Y sustituir, a este fin, las relaciones de producción capitalistas, fundadas en la apropiación privada de los medios de producción, basadas en la reapropiación por parte de los trabajadores, de la comunidad entera, tanto de los medios productivos como de los frutos del trabajo. Estos son para nosotros los elementos fundamentales de juicio para que una sociedad pueda llamarse auténticamente alternativa.

De ello se deriva la elección de los medios, los únicos que pueden de verdad conducir a tales resultados. El primero concierne a la exigencia de poner en discusión la propiedad privada de los medios de producción, fijando, en cambio, como fundamental criterio de participación en el disfrute de la riqueza producida, el del trabajo prestado según las propias posibilidades efectivas. El segundo se refiere a la necesidad de realizar la participación más amplia posible, también en el plano económico, en las decisiones relativas al futuro personal y colectivo; o sea realizando, en el sentido de la autogestión democrática, la más amplia descentralización funcional y de poder.

En efecto, y la experiencia histórica nos lo confirma, no existe democracia real si a los ciudadanos trabajadores les es sustraído el derecho fundamental, unido a la superación concreta de la alienación de las discriminaciones: el derecho a participar efectivamente en determinar el destino de los frutos del trabajo social.

Aquí está el meollo de la diferencia fundamental entre socialización y estaticación, entre autogestión democrática y centralismo burocrático: una diferencia que modifica sustancialmente el alcance de una opción socialista. No hay duda, en efecto, de que el motivo principal por el que es necesario el cambio es suprimir la alienación del hombre por medio de la promoción de su integral desarrollo. Pero es también cierto que la propiedad estatal de los medios de producción, aun eliminando la propiedad privada y la explotación con la apropiación de los frutos del trabajo social por parte de la colectividad, continúa perpetuando la alienación del trabajador respecto a los medios de su trabajo, excluyéndolo de las decisiones que respectan a la producción, a la repartición de la riqueza producida, a la organización general de la economía y de la sociedad. Además, queda sin resolver el punto de la división del trabajo propia de los modos capitalistas de producción y que acaba dando lugar a una verdadera y propia estratificación social.

De aquí nace el juicio negativo sobre las experiencias de los países socialistas industrializados. Aunque se ha dicho que tal juicio debería ser ponderado y pun-

tualizado merced a un análisis histórico profundo que tuviese en cuenta las condiciones concretas del grado de desarrollo económico y cultural en que se encontraba cada país en el momento del derrumbamiento del viejo orden.

Por un socialismo nuevo

Aquí, necesariamente, no podemos más que limitarnos a pocas consideraciones. En los estados socialistas —aquellos que se definen así basándose en el hecho de que han derribado las viejas clases dominantes y abolido la propiedad privada de los medios de producción— la estatalización ha llevado a consecuencias muy graves: centralización del poder decisorio, burocracia, en muchos casos escasez o más bien falta casi absoluta de participación, a menudo también despolitización de las masas. Se tiene así la comprobación histórica de cuanto hemos venido afirmando, o sea que la superación de la propiedad privada de los medios de producción no conduce por sí a una sociedad verdaderamente alternativa: es condición necesaria, pero no suficiente.

La experiencia yugoeslava, por ejemplo, en seguida se ha dado cuenta —también porque fue estimulada por el ataque de Stalin— de esta laguna y está intentando superar el impasse con la autogestión. Es un gran paso adelante. Pero el tipo de soluciones adoptadas para la relación entre proyecto y autogestión es asociado, en nombre del realismo, a regresos a categorías capitalistas como el “mercado” y la “rentabilidad”, que suscitan dudas por las consecuencias que de ellas se derivan.

Otras experiencias, como la cubana o la china, al menos por lo que se puede saber de ellas, son interesantes puntos de referencia. Pero casi totalmente extrañas al contexto del mundo occidental desarrollado y, como modelos, prácticamente inutilizables, a no ser por el valor de la tensión moral y política de amplias masas.

Se podría decir, en definitiva, que los países de que hablamos han realizado todo lo más hasta ahora un socialismo de transición: una fase superable sólo con la promoción de un proceso de democratización que rompa —en todos los sectores de la vida social— el dogmatismo de tipo stalinista. Con él se perpetúa un error fundamentalmente frenante al creer que la construcción del socialismo depende sólo de las relaciones de producción sin tener en cuenta la enorme incidencia de los hechos “sobrenaturales”, subjetivos, es decir, sin prestar atención a las diversidades de cultura y de instituciones y al distinto grado de desarrollo de cada país en el momento en que adoptan el sistema “socialista”.

Una de las consecuencias que de ello resultan —la que aquí nos interesa— es que no existen modelos de socialismo exportables en su totalidad, porque, como hemos señalado y como mejor veremos a continuación, según la cultura y el grado de desarrollo, comienza por cambiar la misma composición de las clases sociales, cambian las posibilidades de participación consciente en el proceso revolucionario, cambia, por consiguiente, el papel de las “vanguardias”, cambian los instrumentos y los métodos de lucha.

Por esto está bien declarar explícitamente que una opción auténticamente socialista en nuestra sociedad no podría de todos modos tomar como modelo el tipo de socialismo realizado en los países del Este europeo ni considerarlo como fase de transición. Sin embargo, es igualmente necesario apartarse de las tentaciones opuestas: por un lado, las de economía colectivista, que, sin embargo, corren el riesgo de diluirse hasta tal punto que vuelvan a acumular en sí mismas una parte peligrosa de las contradicciones del capitalismo avanzado, unida a las propias del socialismo de transición.

Este es el caso, hoy, de esos países del Este en los cuales, por reacción comprensible al stalinismo, el proceso de reforma económica corre el riesgo de equívocos y de involuciones. Se trata, sobre todo, del problema ligado a la relación entre planificación y mercado, o sea entre la exigencia de orientar la producción y el destino de la plusvalía según las necesidades sociales y la exigencia de autogestión económica y política.

Positivamente, de un lado, está la necesidad de hacer efectivo el destino de la producción a la satisfacción de las necesidades colectivas, atentos a la vez a que no se vuelvan a verificar situaciones de explotación del trabajo por parte de individuos o de grupos; de otro lado, siempre dentro de lo positivo, está la exigencia de derribar realmente la alienación garantizando la descentralización y la democratización máxima de los niveles decisorios, también en plano económico. Dentro de lo negativo, por lo que respecta a la planificación, está el riesgo, que históricamente se ha revelado también demasiado concreto, de la solución dirigista que conduce a la estatalización y al centralismo burocrático que pretende fijar desde arriba la calidad y la cantidad de las necesidades; por lo que respecta, en cambio, al mercado, el riesgo nace con la tendencia a reintroducirlo acríticamente como regulador entre demanda y oferta, con la consecuencia de replantear los problemas típicos ligados a la hipótesis consumista.

El socialismo estatal soviético ha llevado a consecuencias muy graves. No basta el superar la propiedad privada de los medios de producción.

La autogestión yugoeslava, aun siendo un gran avance, tiene regresos a categorías capitalistas, como el “mercado” y la “rentabilidad”.

Los modelos de Cuba y China son prácticamente inutilizables [en Europa occidental].

El socialismo de todos esos países es de transición, mientras no lleguen a una democratización que rompa con el dogmatismo stalinista.

No hay modelos de socialismo exportables en su totalidad, porque la cultura y grado de desarrollo es diferente en cada país y, por tanto, también es diferente la posibilidad de participación popular.

No nos sirve el modelo del socialismo de esos países [Rusia, China, etc.] ni como fase de transición; ni tampoco las economías colectivistas, mezcla de capitalismo avanzado y socialismo en transición [Yugoeslavia].

Por una parte, hay que evitar la explotación por parte de individuos o grupos; y por otra, el estatismo y la centralización burocrática. Y cuanto a reintroducir el “mercado” como regulador entre la demanda y la oferta, eso replantea los problemas típicos de la sociedad de consumo.

El juego de la demanda y de la oferta —sin control consciente por parte del consumidor— es contrario a la autogestión que buscamos para suprimir la enajenación del hombre.

En un sistema económico centralizado [como el soviético], el trabajador no tiene incentivo moral para producir según lo planificado —porque se impide la participación consciente de las masas—, y en vez de ello se recurre al incentivo económico para estimular la producción.

En China y Cuba utilizan "incentivos morales", pero lo hacen por iniciativa de restringidas "vanguardias". Las estructuras socialistas no bastan, por sí solas, para edificar una sociedad del hombre para el hombre.

Cuestiones graves que nos planteamos: 1) Renunciando al control social realizable por la planificación, ¿cómo impedir que se reproduzcan distorsiones consumistas o egoísmos antisociales? 2) Los opuestos impulsos competitivos mercantiles obstaculizarán la formación de conciencia socialista. ¿Cómo evitarlo?

La planificación [en esos países] es dirigista y centralizada, y el pueblo tiene que adaptarse pasivamente a ella. La planificación que queremos es vinculante, pero democrática: las empresas autodirigidas participan conscientemente en la construcción del futuro.

Para ello, formar a los trabajadores y descubrir capacidades creadoras no utilizadas.

Una consecuencia que se hace todavía más probable por la paralela tendencia a reducir la planificación a simple función indicativa y de control indirecto. Terminan así volviéndose a acentuar los desequilibrios entre sectores fuertes y sectores débiles, las estratificaciones sociales, las discriminaciones en las condiciones de trabajo y de vida.

En otros términos, nos parece que hay una evidente contradicción entre la afirmada y real necesidad de adoptar la autogestión para suprimir la enajenación del hombre y la reintroducción de los mecanismos de mercado.

El juego de la demanda y de la oferta, en efecto, aun dentro de un contexto socialista, deja ciertamente una mayor libertad y participación al hombre productor, pero escapa a las posibilidades de control consciente por parte del hombre consumidor, sin contar con que la creciente relación con el área capitalista tiende a ejercer un fuerte efecto de atracción y de invitación en sentido consumista.

El hecho es que el motivo por el cual se reintroduce el mercado es de tipo eficientista. Entendámonos, la busca de la eficiencia productiva es indispensable, sobre todo en un cierto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, para satisfacer del mejor modo las necesidades sociales. Y es indiscutible que en un sistema económico centralizado el trabajador no encuentra incentivo moral para producir según los ritmos y los objetivos impuestos por órganos verticales de planificación y, por tanto, es evidente que la utilización satisfactoria de los factores productivos se vuelve muy problemática. ¿Son también éstas las causas de fenómenos, por lo demás bien conocidos, de derroche, de escasa productividad, de disfunciones burocráticas, de los que ya se tiene amplio testimonio en las mismas autocríticas de los dirigentes?

Se hace entonces comprensible, aunque no justificable, que en una sociedad en la que se impide la participación consciente de las masas en la vida política no se encuentre otro medio que el del incentivo económico para estimular la producción.

Normalmente, la referencia al mercado es motivada también desde una crítica en relación con el uso de los "incentivos morales" que subraya correctamente lo absurdo del stakhanovismo, pero que desprestigia con demasiada ligereza ciertos puntos de investigación derivables de experiencias como la china y la cubana.

Es una crítica que hay que compartir cuando se refiere a las tentativas de crear desde arriba y de manejar la conciencia de las masas. Pero que hay que rechazar cuando tal conciencia, aun suscitada por la iniciativa de restringidas "vanguardias", la hace suya la gran generalidad de los trabajadores en la comprobación concreta de su experiencia colectiva de elaboración de trabajo y de lucha.

La permanente y colectiva tensión moral en la busca de comportamientos coherentes con el fin de perseguir una sociedad que tenga por objetivo al hombre en lugar del provecho, es un dato fundamental. No bastan, en efecto, las estructuras de tipo socialista para edificar por sí solas una sociedad del hombre para el hombre.

Para volver al hilo de nuestro razonamiento hemos de preguntarnos cómo en un sistema que renuncie a un adecuado control social por medio de la planificación vinculante será posible impedir que se reproduzcan distorsiones consumistas o de cualquier modo egoísmos antisociales. Y cómo será posible evitar que los opuestos impulsos competitivos mercantiles obstaculicen la formación de una conciencia auténticamente socialista. El problema es de extrema gravedad y no queremos ciertamente facilitar aquí soluciones prefabricadas. Sin embargo, surge la duda de si al ser replanteado de nuevo el instrumento de la planificación no se han tenido más en cuenta las comprensibles motivaciones políticas de rechazo del dirigismo estatalista que las objetivamente económicas. Valdría también la pena comprobar si la llamada liberalización económica no será el contrapeso de una persistente carencia de participación y de dialéctica social y política.

Por nuestra parte, creemos en todo caso que son muy diversas la planificación dirigista y centralizada y la planificación vinculante, pero democrática, es decir, en la que las grandes opciones de política social y económica sean realmente colectivas, fundadas en la participación más amplia, a diversos niveles, de todos los sujetos de esas opciones, en un real pluralismo que garantice su visión social en el sentido más pleno y más propio del término. En este tipo de planificación la adecuación de las empresas autodirigidas a los objetivos del plan no será pasiva adaptación a la voluntad de los vértices políticos y burocráticos, sino participación consciente en la construcción del futuro de cada uno y de todos.

En esta perspectiva asume un relieve decisivo, naturalmente, la solución que se dé al problema de la formación de las masas trabajadoras, sea por parte de la adquisición de competencias técnico-funcionales, sea, sobre todo, por parte de la recuperación y del desarrollo de inutilizadas pero existentes capacidades creadoras.

El bloque socialista compite con el bloque capitalista en producir CUANTITATIVAMENTE más "bienestar". Pero creemos que, además, hay que desarrollar CUALITATIVAMENTE otro bienestar: la liberación subjetiva en la promoción comunitaria del hombre.

Sin esto último, no se podría edificar una sociedad distinta.

En el bloque socialista europeo persisten valores y comportamientos individualistas. Hay que lograr que el hombre organice la propia existencia personal y comunitaria en relaciones de solidaridad, con auténtica promoción integral.

Que el trabajo no sea mercancía, sino la realización de las capacidades creadoras del hombre, al servicio de la comunidad.

Queremos socializar los medios de producción, con autogobierno y participación desde abajo y una planificación vinculante y democrática.

Sobre esta base nos empeñaremos en construir una nueva sociedad auténticamente humana, sin discriminación de clase; pluralista y en que lo más apreciable sea la propia realización EN y POR la comunidad.

Esta nueva sociedad que buscamos —y buscan también organizaciones obreras de inspiración cristiana de muchos países— es auténticamente

Hay que aclarar después otro equívoco, surgido en el clima de competición entre los dos bloques. Según nosotros, la superioridad del socialismo sobre el capitalismo no puede ser demostrada en el terreno de la competición productiva por el mismo tipo de "bienestar" propio de los países opulentos del occidente. También estos objetivos cuantitativos hay que considerarlos. Pero el significado más importante de una experiencia auténticamente socialista no puede sino estar unido a la posibilidad de realizar un tipo de desarrollo cualitativamente distinto del obtenido en la sociedad capitalista, en cuanto ponga el acento sobre la liberación de la necesidad y de los condicionamientos alienantes como presupuesto de la promoción comunitaria del hombre en su dimensión subjetiva. Un objetivo inalcanzable con la carrera hacia el bienestar, exasperada hasta el punto de llegar a ser el único trámite de las aspiraciones del hombre.

Reproducir, pues, en un sistema distinto político y económico los modelos de vida inducidos por la lógica del provecho, que convierte las relaciones interpersonales y colectivas en relaciones mediatas y, por tanto, en inhumanas, significa condenar a la derrota la lucha para la edificación de una sociedad distinta que tenga como fin la liberación del hombre y de todos los hombres de toda opresión y alienación.

Es ésta una de las grandes enseñanzas que, negativamente, nos vienen de la experiencia histórica de las sociedades colectivistas del Este europeo: que, contrariamente a cuanto por largo tiempo es sostenido por el análisis marxista ortodoxo, en una sociedad de estructura socialista puede subsistir una cultura basada en valores y comportamientos individualistas. Cuando esto tiene lugar, la evolución hacia un socialismo auténtico, sin embargo, se obstaculiza, se bloquea y padece enojosas involuciones. De aquí la necesidad de sustituir esos valores y esos comportamientos, de elaborar y de promover una real cultura alternativa.

En la práctica quiere decir que no es suficiente combatir para que la ciudad deje de ser el lugar en que la persona y los grupos son ulteriormente sometidos a la lógica del provecho mediante la inducción al consumo, sino que es preciso también hacerse promotores de un proyecto radicalmente distinto, según el cual el hombre organice eficazmente la propia existencia personal y comunitaria, según valores y comportamientos ciertamente no prefabricados; valores y comportamientos que tiendan a sustituir la atomización de la competencia individual por relaciones de solidaridad y hermandad, la formalización por la autenticidad, la alienación por la promoción integral.

En el momento productivo no basta eliminar la explotación intensiva, la reducción del trabajo a mercancías. Más bien hay que considerar la empresa como el lugar y el momento en que el hombre puede realizarse a sí mismo en el trabajo, entendido como expansión de sus capacidades creadoras al servicio de la comunidad, derribando los valores y los comportamientos que se derivan de la organización capitalista del trabajo. Esto positivamente puede ser procurado responsabilizando totalmente al trabajador a fin de que sea capaz de establecer con su trabajo una relación de percepción total del fin al que está orientado.

Al final de este análisis en que hemos confrontado las que nosotros consideramos características de una sociedad del trabajo auténticamente alternativa con las experiencias socialistas históricamente realizadas en la realidad más próxima a nosotros, podemos reafirmar y especificar los puntos fundamentales a desarrollar. Superación de la propiedad privada, de los medios de producción y de la explotación por medio de la socialización; democratización mediante los nuevos espacios de autogobierno y de participación desde abajo; destinación de la producción por medio de una planificación vinculante y democrática que socialice realmente los beneficios del progreso técnico-científico y los frutos del trabajo del hombre.

Desde estas bases deberá moverse nuestro sucesivo empeño. Un empeño para la construcción de una sociedad de tipo nuevo auténticamente humana, en la que sea desterrada toda discriminación de clase —ciertamente no por medio de un inaceptable aplastamiento general—; una sociedad en la que valgan el pluralismo y el método de la discusión, en la que el progreso del hombre no sea ya medido en términos de prestigio, de poder, de dinero, sino según la propia realización personal en la y por la comunidad.

Está claro que este tipo de sociedad —si no queremos hacer puro nominalismo— corresponde, dentro de la tradición originaria del Movimiento Obrero, a una hipótesis auténticamente socialista. Esta propuesta de investigación no es un hecho aislado o superficial, sino que se relaciona con análogos fermentos que implican organizaciones obreras de inspiración cristiana de muchos países. Esto es comprensible también porque las hipótesis de la llamada "tercera vía" se han revelado impracticables. El caso más perfecto y maduro es el de Chile. Pero la "revolución en la libertad" de Frei no ha mantenido sus promesas. Los resultados están por debajo de las esperanzas. Se ha producido inmediatamente

socialista. La "revolución en libertad" de Frei no ha mantenido sus promesas. No se puede conciliar la democracia cristiana con el capitalismo.

la escisión del ala izquierda del Partido, la que con mayor coherencia había pedido y programado los cambios de estructura. En suma, la hipótesis de compromiso, aun leal y valerosa, no ha funcionado. El candidato oficial D. C. a las nuevas elecciones presidenciales ha declarado: "algo no funciona ya en la estructura fundamental del Estado, de la sociedad y de la economía de Chile. Este año tiene un nombre. Es el sistema capitalista y neocapitalista... , ahora es irremediablemente tarde para hacerse ilusiones de volver a levantar a Chile del subdesarrollo, buscando conciliar la democracia con el capitalismo. En este país son inconciliables."

PARTE II

CONCIENCIA CRISTIANA Y SOCIEDAD ALTERNATIVA

Orientar nuestra investigación en la dirección indicada comporta una serie de problemas que no podemos ignorar, además de los ya vistos en el terreno económico, social y político.

Son los problemas que afectan a nuestra conciencia cristiana. Decía la *Quadragesimo anno* que "nadie puede ser buen católico y verdadero socialista a un tiempo".

También con esta afirmación hemos de confrontarnos.

Volveré al tema más adelante; aquí baste hacer notar que la interpretación del "verdadero socialismo" dada por la encíclica hacía referencia a un tipo de socialismo que, en aquellos años, se venía realizando en condiciones muy particulares en la Unión Soviética y por su reflejo socialdemocrático. Desde entonces el socialismo ha asumido, como hemos visto, formas y contenidos diversos.

De la misma manera hay que contar con los desarrollos de la enseñanza social cristiana. Hay que reconsiderar todos los aspectos atentamente, anticipando en seguida que algunos responden hoy a la prohibición de la *Quadragesimo anno* invirtiendo la proposición: precisamente porque soy cristiano soy socialista.

¿Qué decir? Es una posición respetable porque es a menudo mantenida con gran coherencia, pero, a nuestro modo de ver, es una posición discutible: esencialmente porque no es correcto y no es lícito para un cristiano deducir una opción suya, política e histórica, personal o de grupo, de la fe y de la concepción cristiana de la vida. Por lo menos no directamente, de causa a efecto.

Hay un razonamiento que hay que puntualizar con claridad, el de la autonomía del cristiano en sus opciones sociales y políticas. Detrás de él hay una larga y sufrida maduración, rodeada de sacrificios personales y de valerosos silencios —más valerosos incluso que las rebeliones— que finalmente ha desembocado en una solemne confirmación del Magisterio: la Constitución pastoral *Gaudium et spes* n. 43), o sea el Concilio, la explicita así: "Ordinariamente será la propia visión cristiana de la realidad la que les orientará —habla de los católicos en sus opciones temporales—, en ciertas circunstancias, a una determinada solución. Sin embargo, otros fieles, con la misma sinceridad, podrán expresar un juicio distinto sobre la misma cuestión, lo que sucede bastante a menudo y legítimamente."

El principio está claro: el derecho a la pluralidad de las opciones reconocidas a los cristianos significa que su unidad no se realiza en sus opciones sociales y políticas.

Hay que reconocer que, sobre todo en nuestro país, es un razonamiento nuevo para la Iglesia y que ella hoy lo lleva adelante con valor cada vez mayor, sacando también las consecuencias prácticas. Es un razonamiento nuevo y difícil de completar. Pero sobre este camino se nos ha encauzado: se puede decir que la teología de la Iglesia de los pobres se irá transformando rápidamente en una teología de la Iglesia pobre que no sólo lo sea de verdad, sino que, como recientemente ha dicho el Papa, también lo parezca.

Es, sobre todo, un razonamiento nuevo para muchos cristianos porque pone directamente en cuestión su propia buena conciencia, anulando la garantía que les daba la seguridad de encontrarse en la verdad también en sus opciones temporales.

¿"Derecho" de propiedad?

La cuestión de la propiedad privada de los medios de producción, que durante tanto tiempo había parecido ser casi sacralizada en la enseñanza del Magisterio, parece hoy, en efecto, positivamente resuelta con la opción del Concilio de no reafirmar, una vez más, la ya tradicional valoración del derecho de propiedad como "derecho natural".

En la interpretación que hoy es posible hacer, legítimamente, de esta omisión del Concilio, que no nos parece posible interpretar como casual, el derecho real, verdaderamente natural, no es el derecho a la titularidad de la propiedad, a la posesión de los bienes, sino acaso el de la participación personal de todos en el dominio de los bienes.

La Q. A. negaba que un buen católico pudiera ser verdadero socialista, refiriéndose al socialismo de entonces en la U.R.S.S. Pero ahora hay otras formas y contenidos socialistas. Y también se ha desarrollado la enseñanza social cristiana. Ahora, la fe y concepción cristiana de la vida no pueden ser causa de una determinada opción política e histórica, personal o de grupo...

... porque el cristiano tiene autonomía en sus opciones sociales y políticas; y en cuestiones temporales hay derecho a la pluralidad de opciones entre los fieles, según la "Gaudium et Spes".

Esto es un razonamiento nuevo que a muchos cristianos dejará sin la seguridad de hallarse en la verdad respecto a sus opciones temporales.

El Concilio no reafirmó el derecho de propiedad como "derecho natural"...

... de donde concluimos que el derecho será, acaso, el de participar todos en el dominio de los

bienes; lo cual, históricamente, sólo ha sido para pocos.

La "Populorum Progressio" condena el capitalismo (manchesteriano) por su afán de lucro y porque consideraba la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto.

La encíclica condenaba el que los capitalistas se apropiaran los frutos de los trabajos de todos. Como eso continúa en el capitalismo moderno, lo juzgamos también condenable. Las clases privilegiadas han mantenido un equívoco que influye en el comportamiento práctico de los cristianos; pero esto ahora está en discusión.

Dom Helder Cámara expuso la responsabilidad de los cristianos del hemisferio norte, que siendo el 20% de la humanidad, gozan del 80% de las riquezas de la tierra y levantan una violenta cruzada contra el comunismo. Añadió que los cristianos, en alguna forma, facilitan el que reine la injusticia.

Algunos cristianos son explotadores, y otros se desentienden del mundo para dedicarse a lo "espiritual".

Muchos católicos —y aun, al parecer, la Iglesia durante el siglo pasado— aceptaban el orden establecido, minimizando las injusticias, dejando la gestión del mundo a quienes tienen el poder y predicando paciencia a los pobres.

De ahí que Marx condenara la religión como "opio del pueblo".

Pero la Iglesia (cfr. "Gaudium et Spes") no está unida a ningún sistema político, económico y social.

Un fin que, en las formas de la posesión privada de los medios de producción, históricamente no ha sido alcanzado y no parece alcanzable para todos los hombres, ni siquiera para una mayoría de ellos, sino sólo para pocos.

En la *Populorum progressio*, por lo demás, se lee la nítida afirmación: "La propiedad privada no constituye para nadie un derecho incondicional y absoluto" (n. 25). Y clara es, poco después (n. 26) la condena del capitalismo (manchesteriano): porque "consideraba el provecho como motivo esencial del progreso económico" (en el primer borrador de la encíclica, en francés, en lugar de "motivo" estaba la palabra "motor"): porque veía a "la competencia como ley suprema de la economía" y porque consideraba a "la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto".

La encíclica no extiende esta condena al capitalismo moderno, en su conjunto. Pero nos parece lícita la deducción extensiva, tratada y basada en la experiencia: también el neocapitalismo, el capitalismo moderno postmanchesteriano, no sabe, en efecto, prescindir, no puede prescindir de la consideración del provecho como "motor" y como "fin" de la producción. No es, obviamente, del provecho económico en general de lo que se habla en la encíclica, sino de la apropiación privada de los frutos del trabajo de todos por parte de aquellos que tienen el capital. Ha sido precisamente la exigencia de hacer frente al equívoco, creado y mantenido durante siglos por las clases privilegiadas con el abuso de la terminología tradicional, lo que ha inducido a las últimas declaraciones del Magisterio a evitar repetir la afirmación sobre la "naturalidad del derecho de propiedad privada" y a hacer explícita la condena de su utilización ilegítima. Todo un comportamiento práctico de los cristianos ha sido puesto de esta manera en discusión.

Pero sobre las consecuencias de este comportamiento a nivel mundial vale la pena meditar lo que, en un reciente discurso en la Conferencia Mundial sobre Ayuda Económica al Subdesarrollo (Montreux, enero 1970), hizo constar dom Helder Cámara, arzobispo de Recife, en Brasil: "La responsabilidad de los cristianos me hace estremecer. El hemisferio norte, el mundo desarrollado, el 20 por 100 de la humanidad que usa y goza del 80 por 100 de las riquezas de la tierra, es el mundo cristiano. ¿Qué imagen pueden tener del cristianismo nuestros hermanos africanos, asiáticos y latinoamericanos, si el árbol debe ser juzgado por sus frutos, y nosotros, cristianos, somos altamente responsables del mundo de injusticia en el que nos encontramos? Se invoca el cristianismo para una especie de cruzada contra el comunismo; se invoca el cristianismo contra la oleada de odio, de radicalización, de terror que se manifiesta un poco por todas partes, pero el 20 por 100 que deja al 80 por 100 en una situación infrahumana ¿tiene moralmente el derecho de afirmar que el comunismo aplaste al ser humano? El 20 por 100 que tiene al 80 por 100 al margen de la humanidad ¿es, sí o no, el suscitador de la violencia y el responsable de las explosiones de odio que comienzan a estallar aquí y allá? Cuando las injusticias se estratifican durante siglos —injusticias estratificadas que después aparecían como "el orden social" a defender y salvaguardar—, nosotros, cristianos, o contribuimos a ellas para sacar provecho o nos desentendemos hasta tal punto de los problemas de la tierra como para facilitar la instauración y el reino de la injusticia."

Sobre el cristiano del primer tipo, aquel que participa directamente en la explotación, hay poco que decir, si no es constatar que, desgraciadamente, existe. El otro comportamiento que aquí nos interesa es el del cristiano que se aleja del mundo, del cristiano que "no hace política", que justifica esta tibia opción con la necesidad de no ensuciarse las manos con las cosas del mundo, de dedicarse a lo "espiritual".

Posición, en realidad, maniquea que sigue actuando en el mundo y además con un resultado pernicioso: porque es una opción de inmovilismo que termina confiando la gestión del mundo a quien ya detenta el poder e invitando a la paciencia a los pobres, a los proletarios. Una opción a priori del orden establecido, pues, que lleva a minimizar las injusticias o a considerarlas inevitables. De aquí al moderacionismo en la práctica política no hay más que un paso. Todavía hoy es ésta la posición de muchos católicos. En el siglo pasado era la posición, desde luego, prevalente, hasta el punto de poder parecer oficial, de la Iglesia.

La imagen del cristiano conservador que históricamente sale de ella es la de quien se hace cómplice del egoísmo y de la explotación; o la otra, de quien, en nombre de una mal entendida salvación del alma, renuncia a su humanidad, es decir, a la busca de una mayor justicia. A partir de esta imagen visible y mayoritaria de los creyentes de su tiempo, y naturalmente bajo el influjo filosófico de Hegel y de Feuerbach, Marx formula su condena de la religión "opio de los pueblos".

Pero la Iglesia, lo sabemos bien, no puede mantenerse ligada a un sistema social, económico o político. Lo afirma, claramente, el Magisterio, por ejemplo, en la *Gaudium et spes* (n. 42): "La fuerza de la misión y de la naturaleza (de

El cristiano debe comprometerse en cambiar el mundo en función del hombre, dotado de dignidad personal, autoconciencia y autodeterminación ...

...y de una naturaleza esencialmente social; teniendo en esta vida a una sociedad de personas en que cada una se responsabilice.

Esta concepción del hombre es la base del humanismo cristiano, aunque el cristianismo no es un programa humano, ya que sólo se realizará plenamente en la otra vida.

Pero en esta vida amar a Dios es amar al prójimo, y sería contradictorio el no luchar con y por el que sufre.

Un sistema contrario a la dignidad humana y al sentido de responsabilidad es injusto.

Eso es el sistema actual, con sus desigualdades de libertad y de decisión, subordinación despersonalizada de los trabajadores y con países ricos dominantes y pobres dominados.

Por ser cristianos, queremos otra forma de organización del trabajo y del mundo.

No se trata de un socialismo "cristiano", sino elegido por cristianos...

...rechazando la ideología marxista como concepción total filosófica, pero buscando encarnar y hacer eficaces la esperanza de justicia y el progreso hacia la justicia innatos en el cristianismo; y esto es una auténtica opción socialista.

la Iglesia) no está unida a ninguna forma particular de cultura humana o sistema político, económico y social."

En definitiva, pues, la cuestión es hacer una elección coherente. Hoy, como ayer, para el cristiano significa comprometerse, en lo temporal, para cambiar el mundo, para cambiarlo en función del hombre. Pero ¿quién es el hombre, para el cristiano? Para nosotros no es solamente individuo, sino también, y sobre todo, persona: única, irrepetible, dotada de una inalienable dignidad que se basa en su naturaleza de hijo de Dios, en su autoconciencia y autodeterminación y, por consiguiente, se coloca en el orden de lo absoluto.

"La razón más alta de la dignidad del hombre —subraya la *Gaudium et spes* (n. 19 a)— consiste en su vocación a la comunión con Dios." El hombre persona, así entendido, tiene por ello un valor eterno que se resuelve en Cristo. Pero el hombre es él mismo plenamente sólo en cuanto persona dentro de la sociedad ("el hombre, en efecto —es todavía la *Gaudium et spes*, n. 26 b)—, por su íntima naturaleza es un ser social y sin las relaciones con los otros no puede vivir ni desarrollar sus dotes") y aquello a lo que tiende en esta vida es precisamente a una sociedad de personas en la que cada uno sea responsabilizado, de manera que pueda hacer valer completamente su autoconciencia y su autodeterminación, es decir, que pueda disfrutar prácticamente de su dignidad.

De esta concepción del hombre se deriva el humanismo cristiano. El cristianismo, ciertamente, no es un programa humano: tan es verdad que para el cristiano es Dios, con la mediación de Cristo, la solución verdadera y única del problema del hombre: la plenitud de la dignidad de la persona humana se alcanza solamente en la plenitud de la verdad, de la libertad y de la justicia, que no son objetivos perfectamente alcanzables en la vida terrena.

Pero el Evangelio no es pasado, sino presente; y nos habla de la necesidad de vivir con los otros, de convivir, por consiguiente, de compartir. Por ello, de la necesidad de luchar con ellos para la transformación del mundo. "La fe —decía el Apóstol Santiago en su carta 2.26— sin obras es muerta." Desde siempre, pero hoy más que nunca, amar a Dios significa amar a los propios hermanos. Declarar el propio amor a Dios y no comprometerse, no luchar junto, con y por quien sufre, es contradictorio.

De esta exposición se pueden sacar algunas consecuencias en el terreno económico, social y político. Decía ya la *Mater et Magistra*, en un párrafo (n. 70), que merece una lectura muy atenta, que "si las estructuras, el funcionamiento, los ambientes de un sistema económico son tales que comprometen la dignidad humana de cuantos en él desarrollan las propias actividades o embotan en ellos sistemáticamente el sentido de la propia responsabilidad, o constituyen un impedimento a que de cualquier modo se exprese su iniciativa personal, un semejante sistema económico es injusto aunque, por hipótesis, la riqueza en él producida alcance cuotas elevadas y sea distribuida según criterios de justicia y de equidad...".

Este sistema, que ha calado en la historia presente, pretende construir la felicidad de los hombres insertándolos en la espiral de los consumos con la aceptación implícita, ritualizada desde luego, de las desigualdades de libertad y de decisión, con el mantenimiento de los trabajadores en una condición subalterna, alienada, despersonalizada, con la división del mundo entre países ricos dominantes y pobres dominados.

Los valores de la persona humana, de su dignidad plenamente aprovechable sólo en la dimensión social de su responsabilidad, son, desde un punto de vista cristiano, las razones de nuestra opción anticapitalista. También, como cristianos, o mejor, porque somos cristianos, apuntamos hoy a una forma distinta de organización del trabajo y del mundo.

No se trata de construir un socialismo "cristiano"; el cristianismo, en efecto, no es una metodología política, una elección de instrumentos, sino un sistema de valores, una proposición de vida y, en su dimensión histórica, una intención de perfeccionamiento total del hombre y de todos los hombres. La elección no puede, pues, ser suya, del cristianismo. Pero puede ser la elección coherente de cristianos.

El problema, por consiguiente, es el de la comprobación histórica de la validez de una opción auténticamente socialista. Es justo reconocer que a luz de nuestro análisis y del desarrollo de la elaboración anticapitalista hecha en estos años, la hipótesis socialista no puede ser excluida. En la medida en que —rechazada la ideología marxista como concepción total filosófica— es escogida para la liberación del hombre y el desarrollo solidario de todos los hombres, no sólo no está en contraste con la esperanza de justicia y el progreso hacia la justicia innatos en el cristianismo, sino que más bien puede encarnarlos y hacerlos eficaces.

En sustancia es esto lo que aquí interesa: una opción socialista, pero auténtica, no es incompatible con la conciencia cristiana.